



madrid

ÁREA DE GOBIERNO DE EMPLEO
Y SERVICIOS A LA CIUDADANÍA

Dirección General de Igualdad de Oportunidades



Presentaciones

- 6 Ana Botella Serrano
Segunda Teniente de Alcalde de Madrid y Concejala del Área de Gobierno de Empleo y Servicios a la Ciudadanía
- 8 Asunción Miura
Directora General de Igualdad de Oportunidades del Ayuntamiento de Madrid

Introducción

- 12 Don Quijote, de escucha a oyente y transmisor de las voces de las mujeres
Fanny Rubio, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Artículos

- 28 Dulcinea: la herencia de la imagen del personaje femenino
Julia Barella, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
- 34 Luces y sombras de las mujeres de la vida libre de Cervantes
Isabel Colón Calderón, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
- 50 Realidad, fantasía y literatura en Aldonza-Dulcinea
Manuel Fernández Nieto, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
- 62 Retratos femeninos en *El Quijote*
M^a Ángeles Grajal, DOCTORA EN MEDICINA
- 68 El feminismo y el (des)orden de las cosas
Teresa Langle de Paz, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
- 72 Ánimos, alivios y altisonancias: arpistas en *El Quijote* y sus precedentes bajomedievales
Josemi Lorenzo Arribas, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
- 88 ¿Por qué Dorotea es desdichada y no infeliz?
Marina Mayoral, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
- 96 La estela múltiple de *El Quijote*, o de damas, quijotas y algunas cosas más
Rosa Pereda, ESCRITORA Y CRÍTICA LITERARIA
- 104 Las mujeres de aquel lugar
Julio Rodríguez Puértolas, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
- 108 El origen de la mujer ilustrada en *El Quijote*
Juana Vázquez, ESCRITORA Y CRÍTICA LITERARIA
- 120 Un basilisco *sans mercy*: Marcela y la tradición misógina medieval
Julio Vélez-Sainz, UNIVERSITY OF MASSACHUSET AMHERST
- 136 Siete tesis para no ser incautos al leer *El Quijote*
Iris M. Zavala, UNIVERSIDAD DE UTRECHT

A manera de epílogo

- 156 Molinos de viento y cintas grabadas
Lucía Etxebarria
- 174 Cervantes y las asturianas
Emilio Sola
- 190 Como un Quijote en Nueva York
Marga Clark

Taller de creación

- 200 Quijote. Femenino. Plural. Sanchica, princesa de Barataria
Ainhoa Arnestoy
- 222 Marcela, el sueño de la libertad de las mujeres
Asunción Bernárdez
- 238 Monólogo de Dulcinea a dos voces
Iris M. Zavala
- 252 El sueño de Zoraida
Salomé Aguiar y Juan Luis Bañales

Apéndice

- 262 Las mujeres de *El Quijote*, fichadas
Nuria Manso Yuste y Laura Segovía Torres

Marcela, el sueño de la libertad de las mujeres¹

Asunción Bernárdez

INTRODUCCIÓN

Marcela es el personaje femenino del Quijote que defiende la libertad como principio total de la existencia, y para las mujeres de la época cervantina, esa libertad implicaba la subversión de ciertas normas creadas para impedir esa libertad que Marcela tanto anhela. Por eso se puede decir que es un personaje profeminista: porque no lucha sólo por integrarse de forma más favorable y ventajosa en su sociedad, sino que más bien tiene una conciencia de la necesidad de reclamar su deseo de libertad como lo haría cualquier hombre.

Ella hace lo que le impide hacer la normativa moralista de la época: Marcela habla en público ante un auditorio de varones; Marcela habla en la clave de la literatura culta; Marcela es una vagabunda que rompe la normativa de la asignación del espacio social de las mujeres, a las que les corresponden por uso y costumbre siempre los espacios cerrados de los hogares y los conventos; Marcela no es tampoco ni modesta ni laboriosa, y declara, arrogante, a los cuatro vientos que puede vivir con lo que tiene... Marcela es un personaje molesto por muchas razones, pero sobre todo, inquieta por su declaración de desear vivir al margen del amor humano y el divino.

Por todas estas razones me ha interesado tanto este personaje, y por eso nos hemos animado a ponerla a dialogar con otro ente tan imaginario como ella: una crítica literaria.

A la derecha del escenario hay una silla. A la izquierda un atril y al fondo, colgado, un aro de hula-hop que hace las veces de espejo o ventana por la que la actriz puede asomarse. Al terminar la conferencia, se hace oscuro y aparece Marcela, de espaldas al público, peinándose delante del espejo imaginario mientras suena su voz gravada sobre música.

Soy Marcela. Huérfana desde pequeña, fui criada por un tío sacerdote, que me dejó hacer lo que quisiera, siempre y cuando no le molestase demasiado. Un día decidí vivir una vida que me correspondía: me vestí de pastora y me fui al campo para huir del destino que le espera a toda mujer hermosa. Porque yo nunca me lo creí. Nunca me dejé llevar por el sentimiento de lo inmutable. Sabía, tal vez porque la muerte se anunció pronto en mi vida, que todo pasa: la belleza, el amor... y que las cosas son dolorosamente cambiantes. Por eso no quise dejarme llevar

por amores y halagos que duran lo que dura la escarcha en un amanecer de un soleado día de invierno. Yo no, con toda mi energía, busqué la forma de detener el tiempo. Pensé qué hacer, busqué en los libros y en la vida, y creí que la solución estaba en buscar refugio en la inmutabilidad cíclica de la naturaleza; allí donde los días suceden a las noches, y las lluvias a los soles con una regularidad rítmica inalterable. Entre pastoras, creí encontrar mi sitio, la rosa de los vientos que te devuelve siempre al mismo lugar, a los mismos sentimientos.

Pero me equivoqué, los deseos humanos lo impregnan todo. Yo era hermosa, una condición deseable para cualquiera, pero que yo llevé siempre como una persistente molestia. Los hombres querían obtener, ora mi belleza, ora mi hacienda. Un día me vio Grisóstomo: el hombre perfecto, el príncipe azul de los cuentos, y se enamoró de mí. Pero yo no quería un príncipe azul, no quería siquiera un hombre de carne y hueso, y una vez más, lo dejé pasar orillando el camino de sus ciegos deseos. Pero él, no se conformó y dejándose llevar por su pasión, simplemente se murió de amor. Y de repente, todo lo que había sentido como amenaza latente, como deseos agazapados de los otros, se materializó en sórdida ira en contra mía. Y yo, no me pude contener, no pude dejar de gritar a los cuatro vientos que aquella no tenía nada que ver conmigo... que la belleza o la fealdad son dones que nadie ha merecido, y que no se debe pedir cuentas ni de uno ni de otro... Así, ante la tumba abierta de Grisóstomo donde los hombres lloraban cada uno de ellos sus deseos amorosos no cumplidos, no pude menos que defenderme con todas las armas que tenía: la razón y la pasión por vivir sola y apartada, y así, les dije: *(Se vuelve, al principio más complaciente. Después, más enérgica).*

MONÓLOGO DE MARCELA²

Quiero dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y, así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir de esta verdad a los discretos.

Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa; y de tal manera, que a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís y aun queréis que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendi-

miento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amator de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, sería injusto decir «Quiérote por hermosa: hasme de amar aunque sea feo». Incluso, corriendo igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran: que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, andarían las voluntades confusas y descaminadas, porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habrían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso.

Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza? Decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amaseis? Considerad que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedirla ni escogerla. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca.

La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles de estas montañas son mi compañía; las claras aguas de estos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos.

A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo, bien se puede decir que antes lo mató su porfía que mi crueldad. Y si se me dice que eran honestos sus pensamientos y que por esto estaba obligada a corresponder, respondo yo que cuando en este mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad y que la tierra sola gozase el fruto de mi recoge-

miento y los despojos de mi hermosura. Y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué culpa tengo yo de que se anegase en el golfo de su desatino? Si yo le entretuviera y contentara, fuera falsa.

Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si hay razón para que de su pena se me dé a mí culpa! Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y pensar que tengo que amar por elección es excusado.

Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan; y de aquí en adelante si alguno por mí muriese, no muera de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos. El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá de ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y su arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres?

Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a éste ni solicito a aquél; ni burlo con unos ni me entretengo con otros. La conversación honesta de las zagalas de estas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

DIÁLOGO MARCELA - CONFERENCIANTE

(Transición con música que entra en la última parte del monólogo.)

CONFERENCIANTE: Espera, no te vayas.

MARCELA: ¿Y tú quién eres? Me has asustado.

CONFERENCIANTE: Disculpa, soy la que tengo que seguir dando una conferencia sobre ti.

MARCELA: Pero, ¿qué tienes que decir sobre mí?

CONFERENCIANTE: Por ejemplo, quién eres, cuál es tu historia, qué significas para mí.

MARCELA: Eso ya lo he dicho yo. Además, ¿eso le interesa a alguien? De mí se sabe poco.

CONFERENCIANTE: Pues claro que interesa...

MARCELA: ¿Por qué?

CONFERENCIANTE: Porque tu historia la cuenta el más grande de los escritores en lengua castellana, el inventor de la novela, el...

MARCELA: Ya, el que me dejó olvidada entre las peñas y nunca más quiso saber.

CONFERENCIANTE: O sea, ¿qué encima estás ofendida?

MARCELA: Pues claro... *(Teatralmente.)* Me hubiera gustado ser un personaje de esos que protagonizan una historia entera, de principio a fin, de la cuna a la tumba, de esas con presentación, nudo y desenlace, con lances propios, y no sólo aparecer ahí porque el arrebatado Grisóstomo decidió morir de amor por mí, así con cabezonería infinita, con orgullo implacable, con...

CONFERENCIANTE: Bueno, pero tu historia interesa porque, eres una mujer que vive su propia vida, que se enfrenta a un grupo de hombres con sus propias armas: el discurso. Porque sabes como ellos que "quien tiene la palabra, tiene la espada"...

MARCELA: Ya. Pero no sabes lo que pasó luego...

CONFERENCIANTE: No, no lo puedo saber, y no sé siquiera si es interesante. Si el autor no quiso terminar tu historia sería por algo.

MARCELA: ¿Por qué crees que no la quiso terminar?

CONFERENCIANTE: No sé... supongo que porque cualquier final sería pobre frente a tu discurso delante de la tumba abierta del enamorado: Marcela de pastora hasta la vejez; Marcela enamorada; casada; arrepentida. Marcela recluida en un convento; Marcela bruja... No había demasiados finales felices para ti.

MARCELA: No soy un plato de buen gusto para ningún escritor.

CONFERENCIANTE: Además, su historia no era tu historia... O tal vez no le interesaste. Fuiste un ejercicio literario sin más, sin referencias reales, sin historias que te justificasen...

MARCELA: Sí, eso es lo que han difundido muchos de esos críticos que, como ahora tú, se dedican a despellejar el trabajo de otros...

CONFERENCIANTE: Perdona, pero es un trabajo que, de no hacerse, no te permitiría existir aquí, ahora mismo, de nuevo ante la gente... No podrías seguir hablando...

MARCELA: Está bien, en eso tienes razón.

CONFERENCIANTE: Oye, además, habíamos quedado en que esta es mi conferencia...

MARCELA: Bueno, si te molesta me voy...

CONFERENCIANTE: No, no, por favor... Tengo que reconocer que aquí, ahora mismo, sigues siendo más interesante que yo... Quédate, y a ver si te puedes callar un rato.

MARCELA: Vale, me callo.

(Marcela, mientras yo hablo descuelga el hula-hop y empieza a bailarlo.)

CONFERENCIANTE: Está bien, *(Dirigiéndose ahora al público.)* quería decir que este personaje sí que procede de una tradición, de las historias de mujeres que

conquistaron el control sobre sus cuerpos y destinos para hacer lo que querían: Hortensia ante el senado romano hablando contra la guerra, Judith, Esther salvando a su pueblo... Dafne escapando de Apolo... Santa Marcela, fundando las comunidades monásticas de mujeres... ¿Se puede saber qué haces?

MARCELA: Nada, haciendo con mi cuerpo lo que quiero... ¿no acabas de decir eso?

CONFERENCIANTE: Pues sí, y se puede saber ¿qué estás haciendo? ¿Representando?

MARCELA: Es que me gusta jugar...

CONFERENCIANTE: Pero a eso no juegan las mujeres...

MARCELA: Ya, el problema es que no juegan a casi nada. No les da tiempo. Esto es la ventaja que tiene ser un personaje, la verdad, que puedes seguir jugando siempre, y a lo que quieras. Pero sigue, sigue, que era interesante lo que estabas diciendo... estoy pensando si eso tiene que ver algo conmigo.

CONFERENCIANTE: Se supone que sí...

MARCELA: *(Se sienta en el suelo con un tono un poco burlón y me mira fijamente)* Vuelve a explicármelo, que, aunque no soy muy erudita, tengo "un alto grado de entendimiento".

CONFERENCIANTE: *(Se ha dado cuenta de la burla. Se enfada un poco. Cierra el libro.)* Bueno, está bien. Ahora soy yo la que no quiero seguir. Me parece que te estás burlando de mí.

MARCELA: Ah, ¿no? *(Señalando al público.)* Bueno, si quieres se lo cuento yo...

CONFERENCIANTE: ¿El qué?

MARCELA: *(Introspectiva.)* No sé, por ejemplo, que de niña una mujer me contaba cuentos donde los que ganaban eran los pequeños: Pulgarcito, Hansel y Gretel, Caperucita... Héroe sin fuerza física, sin belleza... que también leía historias de santas y brujas revelándose contra el destino. Aquel era mi lugar de libertad, el territorio solitario y mío, donde, sin saber cómo encontraba a las otras... que llenaban mi aislamiento y mis tormentos infantiles. Semíramis, Penthesilea, Safo, Santa Bárbara, Aracne o Penélope tejiendo y

destejando sus propios destinos... Allí, estaban ellas, mirándome en la oscuridad todas las noches... mientras yo me hacía sólo una pregunta ¿y por qué no?

(Un silencio.)

CONFERENCIANTE: ¿Por qué no?

MARCELA: Con el tiempo, me di cuenta de que lo interesante no era contestar esta pregunta, si no preguntarme a mí misma por qué me la hacía. Por qué mi mente infantil se preguntaba si ellas habían existido de verdad o no, y si esto era importante para mí.

CONFERENCIANTE: *(Acercándose amigablemente a Marcela.)* ¿Y qué más da? El tejido de las cosas que significan para nosotros es un velo tenue y poco uniforme. Existe lo que tiene sentido, lo demás, simplemente lo olvidamos o hacemos como si no hubiera existido nunca... Ahora mismo, tú eres una mentira. *(Se tira teatralmente al suelo, como muerta, pero suelta enseñada una carcajada como sin venir a cuento.)*

¿Lo ves? Hagas lo que hagas, tendremos que creerte. Ni el autor de tu historia sabría contarla del todo. Imagínate si tienes poder... *(La conferenciante vuelve al atril, un poco mohina.)*

MARCELA: *(Juguetona, rodea el atril.)* Anda, mujer, ¿Y esto te molesta?

CONFERENCIANTE: No, pero es que yo tenía que seguir con la conferencia... me quedan algunas cosas por decir...

MARCELA: Venga, no te enfades. Me caes bien... Tenemos que bailar juntas esta noche: yo no estaría aquí sin ti, tú no estarías aquí sin mí...

CONFERENCIANTE: Lo que no has perdido es el don de la palabra...

MARCELA: Shh... Escucha. *(Quitando el lugar a la conferenciante, que se va a sentar, resignada, en la silla del otro lado.)* Les voy a contar una historia que les va a sorprender: una historia de amor.

CONFERENCIANTE: Vaya, creía yo que esta tarde no íbamos a caer en los tópicos, porque tu no eres un personaje que viva para el amor...

MARCELA: Desde luego, pero eso no significa que no lo haya conocido. Una vez me enamoré, y conocí el placer y el sufrimiento, y eso también me hizo entender muchas cosas.

CONFERENCIANTE: Tampoco hubiera pensado que tuvieras un sentimiento agónico del amor... ¿También tú?

MARCELA: Pues claro. Sobre todo yo, que imaginé poder vivir al margen del amor humano y del divino.

CONFERENCIANTE: Mira, eso es una cosa que siempre he querido saber. ¿Se puede? ¿Se puede vivir renunciando al amor humano? No sé por qué pero me pone triste que no la hayas conseguido. Tenía la esperanza de que esto fuera posible alguna vez...

MARCELA: No, no tienes que estar triste. Somos como somos porque buscamos siempre los afectos en algún sitio... como mucho, los suplantamos por cosas que se le parecen: el dinero, el poder, las conquistas amorosas... Pero no se puede sin enloquecer... *(La conferenciante se distrae, removiendo el cuaderno que tiene en la mano.)* Pero ¿me vas a dejar que te lo cuente?

(Hablándole de nuevo al espejo, de espaldas al público.) Me enamoré una vez, y ¿sabes? Guardo el recuerdo sólo de un momento de esa historia. Lo demás lo he borrado de mi memoria, como si no hubiera pasado nunca. Cuando quiero pensar, recrear la felicidad cierro los ojos, y aquí está su presencia: envolvente, física, material... El amor eran los sentidos entrecruzándose sin límites, tejiendo espacios dolorosamente físicos...

CONFERENCIANTE: ¿Y qué pasó? ¿Te casaste? ¿Tuviste hijos? ¿Fue un amor feliz?

MARCELA: Para, para... no sé siquiera si hay amores felices. Lo malo del amor es que condensa el deseo de atrapar el tiempo, de que nada se mueva, de estar fuera del espacio y el tiempo. Y eso es imposible... Se ama en un lugar, en una época... se ama entre normas, entre indicaciones de lo que es correcto e incorrecto: *(Comienza a andar, con los brazos abiertos sobre una línea imaginaria.)* Prohibido por aquí, pase por allá... Hay siempre mil obstáculos que salvar. Es muy cansando, la verdad.

CONFERENCIANTE: Me sorprendes. Siempre he pensado que abogabas por incluir la razón en los asuntos del corazón.

MARCELA: Claro, ¿qué otro remedio nos queda? Sobre todo, por ser mujer, y por lo tanto, estar en desventaja en el amor... Me he preguntado siempre por qué los amores tienden a ser desgraciados³, pasen o no por las instituciones, y “me convencí que es radicalmente imposible la felicidad y el amor ideal cuando se basan en condiciones de desigualdad, inferioridad y dependencia de un sexo sobre otro”.

CONFERENCIANTE: Para, para, que eso era antes ¿No crees?

MARCELA: Sí, puede que fuera peor. El caso es que cuando he ido de la teoría a la práctica, siempre me he sentido con demasiadas obligaciones, ya ves: “Sé que hablar irrespetuosamente del amor es incurrir en un delito de alta traición contra un sentimiento muy hermoso (pero) yo quiero dirigirme más a la cabeza que al corazón. Tratar de privar al mundo del amor, por medio de razonamientos, sería como tratar de desligar a Don Quijote de Cervantes⁴.”

CONFERENCIANTE: Eso me suena. Pero, no sé por qué, no me resultas muy convincente. Debe ser porque esas palabras no son tuyas.

MARCELA: (*Va sacando una máscara de gorila como de las Guerrilla Girls y se la va poniendo mientras habla de la belleza al público.*) No, no son mías, pero da lo mismo. Las escribieron otras mujeres que vieron en el amor y el matrimonio una trampa difícil de sortear. Te dicen que debes ser sobre todo guapa, como si el amor pudiera sostenerse sobre la hermosura. Pero “La belleza es como los rayos de sol oblicuos” que poco a poco van dejando de calentar. Nos enseñan a esforzarnos en ser hermosas, como si haciendo esto consiguiéramos retener el amor para siempre. Yo siempre supe que era una trampa mortal (*Con la máscara puesta, empieza a hacer posturas sexy típicas de los anuncios publicitarios. Tiene un espejo en la mano, se pinta los labios, se acaricia el pelo.*)

CONFERENCIANTE: Bueno, a lo mejor no es tan sencillo, porque la hermosura es poderosa...

MARCELA: Ya, pero nada tiene que ver con el amor.

CONFERENCIANTE: Muchos hombres y mujeres no estarían de acuerdo con eso.

MARCELA: Ya lo sé. Pero yo lo tuve claro: nunca quise esforzarme en mantener “esas gracias artificiales, que nos permiten ejercer breves tiranías”⁵. Sólo te digo que: “en cuanto a los privilegios del sexo, renuncio solemnemente a ellos, por haber notado que cuestan más que valen”. Nos han dicho siempre cómo tenemos que ser, cómo debemos comportarnos, cómo es la silueta en la que tenemos que encajar... lo que no te dicen es cómo deben vivir las mujeres cuando no se casan o cuando no están dispuestas a someterse al matrimonio y al amor. (*Coge la máscara que ha ido levantado al decir esto y la arroja lejos.*) Los moralistas han aconsejado siempre a los hombres que se preocuparan de su futuro, pero a las mujeres nos dejaron sólo con el presente⁶.

CONFERENCIANTE: Estoy de acuerdo. Y eso también me suena.

MARCELA: Ya, me temo que no estoy resultando muy original. Me estás haciendo hablar de más. Estoy cansada...

CONFERENCIANTE: No me extraña. No has parado de hablar... y de moverte...

MARCELA: No sé por qué, he pensado que mi locuacidad te gustaba...

CONFERENCIANTE: Es verdad, y sigue siendo lo que más me admira de ti...

MARCELA: Tú también hablas delante de la gente ¿no?

CONFERENCIANTE: (*La conferenciante vuelve al atril.*) Ya, pero me escondo entre las palabras y las ideas de otros...

MARCELA: Ahí está la contradicción. Para que te hagan caso, tienes que demostrar que sabes, que conoces las normas y las asumes... y cuando has hecho eso, resulta que no tienes ya voz propia. Es un poco triste tu suerte, la verdad...

CONFERENCIANTE: Ya estás otra vez juzgándome.

MARCELA: Está bien... Me callo. Pregúntame lo que quieras... Los personajes no tenemos orgullo, no tenemos vergüenza vivimos sin pudor... Pero espera, mejor te pregunto yo: (*Se baja entre el público.*) Oiga, profesora... ¿por qué a mí?

CONFERENCIANTE: ¿Por qué a mí, qué?

MARCELA: Por qué me ha elegido a mí... Para hablar de mi, digo... hay muchas mujeres en el Quijote. (*Cómplice, se lo dice al público.*) Mi preferida: Dorotea... ella sí que sabe moverse en el mundo... Va y viene... No quiere quedarse en un confin, como yo. La admiro mucho. Se enamora, se entrega, la abandonan, pero ella nada: todo voluntad... a buscar al amante y hacerle cumplir su promesa. Es bastante más interesante que yo, ¿no? ¿Por qué no habla un poco sobre ella? Es más simpática y divertida, además.

CONFERENCIANTE: Sí, en eso estoy de acuerdo contigo. Pero te he elegido a ti, porque cuando empezó todo esto, quería hablar, sobre todo, de la libertad de las mujeres. Ahora ya no estoy muy segura de qué estamos hablando...

MARCELA: Libertad, libertad... Es una hermosa palabra, irrenunciable palabra...

CONFERENCIANTE: Cervantes te eligió a ti para hablar de la libertad de las mujeres.

MARCELA: Ya.

CONFERENCIANTE: ¿No tienes nada que decir? ¿No te parece extraño que te hiciera a ti, una mujer, hablar de una de las cosas que más le importaban a él?

MARCELA: Eso siempre pasa. Los autores hablan sobre todo de sí mismos. El quiso hablar de la libertad, en el fondo, siempre hablaba de la libertad. ¿Sabes por qué? Porque conocía la diferencia entre el ser libre físicamente y tener libertad de pensamiento. La primera libertad nos la arrebatan los tiranos; la segunda, no nos la quita nadie.

CONFERENCIANTE: ¿Ves? Por eso me gustaste. Porque tú sí que lo tenías claro. Y sobre todo, no tenías miedo.

MARCELA: Eso no es verdad... He sentido miedo todos los días.

CONFERENCIANTE: ¿Miedo tu?

MARCELA: Miedo, miedo espeso y frío a no tener amor, a que nadie me quisiera. A andar un sendero sin destino final, con las metas siempre moviéndose un poco más allá, como el horizonte, que se aleja cuanto más corremos hacia él.

CONFERENCIANTE: Nunca lo hubiera pensado.

MARCELA: Ya, estamos demasiado acostumbradas a ver los resultados y no los procesos.

CONFERENCIANTE: Eso es porque necesitamos mitos en los que creer. Hacer de las personas estandartes a los que seguir. También me gustaste por eso, porque no tenías metas.

MARCELA: Pero tenía una cosa clara: que no hay virtud sin libertad, y que si las mujeres fuésemos esclavas por naturaleza, y no se nos permitiera respirar el aire estimulante de la libertad, languideceríamos como plantas exóticas⁷.

CONFERENCIANTE: Eso es lo que ha pasado durante muchos siglos.

(*Entra la música del final.*)

MARCELA: Sí, ¿y sabes cuál ha sido el precio que hemos tenido que pagar? El aburrimiento, el tedio depredador⁸. Temer a los días de fiesta más que el dolor. Porque el dolor es activo, se gasta con el tiempo, se alivia; sin embargo el aburrimiento es el vacío, se siente cada vez más, te asfixia, te consume... Y te conviertes en un ser fastidioso al que le molesta la felicidad de los otros... Yo simplemente no quise este destino... Mi elección no tiene ningún mérito.

CONFERENCIANTE: Al menos tiene uno: abrir un camino nuevo. Incierto, es verdad. Solitario...

MARCELA: No, ahí es donde te equivocas. Cuando era niña y estaba con mis libros y mis sueños, estaba sola. Pero luego, eché a andar, y la maravilla fue ver que en el camino iban apareciendo personas que se asemejaban a mí, que habían tenido los mismos sueños. Te cruzas con ellas más o menos fugazmente. El tiempo que estén en tu vida da lo mismo. Te miras un momento en su alma, y eso te da fuerzas para seguir caminando porque ahora sabes que un poco más allá habrá otra persona, otra mujer que está sintiendo lo que tu sientes...

CONFERENCIANTE: ¿Y eso es suficiente?

MARCELA: Para mí es suficiente. (*Empieza a recoger sus cosas.*) Pero tengo que irme. Mi tiempo se acaba. Por cierto, ¿Y tú cómo te llamas?

CONFERENCIANTE: Me llamo Asunción.

MARCELA: Te quiero dar las gracias. Es verdad que sin ti no hubiera podido estar aquí esta noche. Ya has visto que me gusta mucho hablar. Pero tengo que llevar mi personaje a otra parte... Y tú: ¿Qué vas hacer?

CONFERENCIANTE: Volver a mi mundo. Como tú al tuyo, supongo. Espera, sólo una última pregunta: ¿Te gustaría ser de carne y hueso?

MARCELA: *Suelta una carcajada.* ¿Y a ti un personaje? Tengo entendido que no lo tenéis fácil por ahí últimamente.

CONFERENCIANTE: ¿Y cuándo ha sido fácil? Yo también quiero darte las gracias. Sin ti, tampoco yo hubiera existido. Gracias amiga.

MARCELA: Adiós y buena suerte.

(Sale Marcela de la sala. La conferenciante, repite la misma frase con la que empezó la conferencia. Se calla. Oscuro.)

1. Este texto corresponde a una conferencia y una lectura dramatizada realizada en el Centro Cultural de la Villa de Madrid el día 3 de noviembre de 2004. La conferencia no está reproducida.

2. He intentado respetar al máximo el texto de Cervantes, y las intervenciones sobre él responden sólo a la necesidad de hacerlo más legible a un público contemporáneo y a una situación teatral.

3. Recreación de un texto de George Sand.

4. Texto de Mary Wollstonecraft.

5. Cita de Concepción Arenal.

6. Cita de Mary Wollstonecraft.

7. Texto de Mary Wollstonecraft.

8. Texto de Concepción Arenal.